

Gaspar

LA CHISMOSA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad intelectual.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CHISMOSA

COMEDIA REFUNDIDA EN DOS ACTOS

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada en el TEATRO LARA el 28 de Febrero de 1898

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia

1968

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1898

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LA SEÑORA RITA.....	SRA. VALVERDE.
MATILDE.....	PINO.
DOÑA ANTONIA.	MAVILLARD.
DON SEVERO.....	SR. LARRA.
CARLOS.....	RAMÍREZ.
UN CRIADO.....	DE DIEGO.

~~~~~

La acción en Madrid.—Época actual

---

Derecha é izquierda las del actor

---

# ACTO PRIMERO

---

Despacho de banquero. Una escribanía. Armarios con documentos archivados y atriles con libros de contabilidad. Puerta al foro y cuatro laterales.

## ESCENA PRIMERA

DON SEVERO sentado al pupitre, y la SEÑORA RITA con la mantilla puesta en disposición de salir

SEV. ¿Se va usted, señora Rita?  
RITA Me voy un instante á ver si puedo reconciliarme con el padre Juan José.

SEV. ¿Están ustedes reñidos?  
RITA Libreme el Señor, amén. Voy á ver si me confieso, porque hoy somos veintitrés, y hace justo siete días que estuve la última vez.

SEV. Pues para ir á confesarse cuatro veces cada mes, tiene usted que pecar mucho.

RITA ¡Ay, qué cosas tiene usted! Descargando la conciencia se queda el cuerpo muy bien.

SEV. Sí, pero cuatro descargas mensuales, pueden ser muchas, y ese sacerdote...

RITA No importa: en cuanto me ve,

me dice: «¡Hola, parroquiana!  
¿Qué hay?»

SEV.

Ya debe de saber  
de memoria y al dedillo  
todas las culpas de usted.

RITA

¡Tomal! ¡Si es mi confesor  
ya desde el setenta!

SEV.

¡Ayer!

RITA

Es un bendito, es un santo,  
de la cabeza á los piés...  
y las misas las despacha  
en menos de un santiamén.  
¡Y no es muy feliz el pobre!  
Su casa es una Babel.  
Cuando estuve á confesarme  
la antepenúltima vez,  
me dijo que había estado  
casi á punto de romper  
con el ama y con la chica.

SEV.

¿Con qué chica?

RITA

La Isabel;

hija de un hermano suyo  
que se murió en Aranjuez.  
Porque es tan abandonada  
la señora Paula, que...  
que va el pobre por las medias  
sacando siempre los piés.  
Ellos viven en la casa  
de ahí detrás; junto al cuartel;  
en cuyo cuarto segundo  
hay uno de tropa, que es...  
ó teniente... ó general...  
y al propio tiempo es también  
muy aficionado al monte.

SEV.

Será cazador.

RITA

¡Jé, jé!

¡Cazador! Es que va al juego.  
Sin ir más lejos, ayer  
dicen que perdió tres pagas...  
y que las perdió, no sé  
si contra un capón... ó un gallo.  
Si perdió fué gallo inglés.

SEV.

RITA

Ya se ve, la militar  
toma el desquite á su vez:



llama á Paula y á la chica,  
y al burro juegan las tres,  
siendo el monte del marido  
calvario de la mujer.

Por supuesto, no es el monte  
lo que mueve su interés,  
si no que Paula es amiga  
intima de la mujer  
de un sastre que vive enfrente  
de su casa, con la que  
la militar sospecha  
que le es su marido infiel:  
y por ver si la sonsaca,  
todo el día están las tres  
con oros van, bastos vienen,  
y todo lo paga, ¿quién?  
el puchero que se sale,  
la casa á medio barrer,  
las luces por preparar,  
y comer sobre un mantel  
que parece la rodilla  
con que se limpia el quinqué.  
En fin, voy á confesarme.

SEV.

Bien lo necesita usted.

RITA

Todos somos pecadores.

SEV.

Y pecadoras también.

RITA

(Registrándose los bolsillos)

No creo dejarme nada.

SEV.

Todo se lo lleva usted.

RITA

Rosario... pañuelo... libro...

Don Severo, hasta después.

SEV.

(Compadezco al pobre cura.)

RITA

Luego he de contarle...

SEV.

¿Eh?

¿Después de la confesión?

¡Bien hecho, señora, bien!

Eso es vaciar el costal  
para llenarle otra vez.

RITA

Señor, no calumnio á nadie.

¡Si todo lo que hablo es  
por boca de los demás!

SEV.

Verdad sin vuelta; y no sé  
cómo hablando usted por tantos  
no se le seca la nuez.

RITA. Eso es llamarme... ¡Jesús!  
SEV. No; habladora.  
RITA. (Bruscamente.) Hasta después.  
(Vase foro derecha.)

## ESCENA II

DON SEVERO y DOÑA ANTONIA, por la segunda izquierda.

ANT. Adiós, Severo.  
SEV. Hola, prima.  
ANT. ¿Y mi hijo?  
SEV. ¿Carlos? Se fué,  
pero no puede tardar.  
ANT. ¿Qué tal se porta?  
SEV. Muy bien.  
ANT. Yo no sé cómo pagarte  
lo que haciendo estás por él.  
SEV. ¿Qué he hecho por vosotros más  
que cumplir con mi deber?  
¿Y el diablillo de Matilde,  
por dónde anda?  
ANT. La dejé  
hace muy pocos momentos  
acabando su *toilette*.  
Hoy ya se pone de largo.  
SEV. Antes se debió poner.  
Ya verás desde mañana  
salir novios á granel.  
ANT. Lo sensible es que las chicas,  
sin explicarse el por qué,  
se enamoran casi siempre  
de lo más malo que ven.  
SEV. Por eso mismo quisiera,  
ya que desde hoy el papel  
que va á jugar es distinto,  
que la hicieses conocer  
cierto plan que tengo en ciernes.  
ANT. ¿Sobre el casamiento?  
SEV. Pues.  
ANT. (Piensa casarla con Carlos.)  
SEV. Hay que hacerle comprender



que es muy fácil confundir  
con el oro el oropel,

ANT. La fortuna es lo de menos;  
pues siendo un hombre de bien...

SEV. Juicioso,

ANT. Casero.

SEV. Humilde...

ANT. Sentado...

SEV. Aunque esté de pie...

No pollo...

ANT. Tampoco viejo...

SEV. Ya nos entendimos, ¿eh?

ANT. No dejas lugar á dudas.

SEV. Pues... sabiendo quién es él...

no extrañarás que su voz  
embargue la timidez...

ANT. Timidez que no me explico.

SEV. Como ella es más joven...

ANT. ¡Psch!

El marido debe siempre  
ser mayor que la mujer.

SEV. Entonces... tú la dirás...

ANT. Todo lo que debe hacer.

SEV. Que lo piense, y si me acepta,  
me caso con ella, y...

ANT. (Asombrada.) ¿Qué?

SEV. Nada más.

ANT. (¡Necia de mí!

¡Y yo me he brindado á ser!)

MAT. (Dentro.)

¿Dan ustedes su permiso?

SEV. ¡Es ella, Antonia!

ANT. ¡Ella es!

(¡Cómo se le cae la baba!)

SEV. Entra.

MAT. (Saliendo primera izquierda.)

Presente.

SEV. (Por el traje.) ¡Muy bien!

### ESCENA III

DICHOS y MATILDE

- MAT.** Ved la niña vivaracha  
convertida en mujer hecha,  
pues nosotras con la fecha...  
mudamos también la facha.  
(Da una vuelta y produce una pompa con el vestido,  
ahuecado por el aire.)
- SEV.** ¡Te he visto el piel! ¡Es un tesoro!
- MAT.** Mi conducta no es procaz...  
porque eres moro de paz.  
**ANT.** (¡Después te lo dirá el moro!)
- SEV.** Te halaga mucho á mi ver  
tamaño transformación.
- MAT.** Es la primera ilusión  
que alimenta la mujer.
- ANT.** (¡Tener yo que intervenir  
para hacerle de ella dueño!)
- SEV.** Matilde... ¿cuál es tu sueño?
- MAT.** Te lo voy á referir.  
Aspirar el dulce ambiente  
de un salón rico en colores,  
donde entre alfombras y flores  
resbale el pie indiferente,  
y allí, al plácido murmullo  
de epigramas y elegías  
que consumen las bujías,  
ó de la orquesta el arrullo,  
al eco fascinador  
conque entre diversos giros  
mézclanse llanto, suspiros,  
risas, placer y dolor,  
como apéndice al catálogo,  
ver á un joven elegante  
que, torturando su guante,  
promueve el siguiente diálogo:  
—Deme usted, pues huyen de ellos  
porque acaso me comprenden,  
esas violetas que penden  
de sus hermosos cabellos.

—La demanda es atrevida.  
—Disculpa tiene en mi amor.  
—Mi rostro tiñe el rubor.  
—Pida usted, en cambio, mi vida.  
—No es posible. ¡Vano empeño!  
—¡Por piedad! ¡Yo desvarío!  
—¡Se cayeron! ¡Ah, bien mío!  
—¡Ah, Fulanito! ¡Ah, mi dueño!  
Hay criadas y propinas;  
y él, aunque el tiempo esté vario,  
viene de hortera honorario  
á la tienda de la esquina.  
Por supuesto, tú te opones:  
y aunque respeto tus canas,  
tú me cierras las ventanas  
y yo le abro los balcones.  
Me pongo enferma. ¡Oh, dolor!  
Tú me das una repulsa;  
viene el médico, me pulsa;  
dice que padezco amor;  
yo aseguro que me muero  
si al fin por todo no pasas...  
buscas al chico, nos casas,  
y consigo lo que quiero.

SEV. Lo cual es fingir que el brillo  
de mi cabeza respetas,  
y me haces dar volteretas  
lo mismo que un dominguillo.  
De todo lo dicho, infero  
que, aun cuando sea un perdido,  
como alguien te diga «envido»,  
has de contestarle «quiero».

MAT. Antes echaré la sonda,  
porque mi bello ideal  
es un marido especial.

ANT. (Con marcada intención.)  
Aviso á quien corresponda.

MAT. Si él envida, por supuesto,  
yo haré lo que exija el caso.  
¿Que no me conviene? «Paso».  
¿Que me gusta el novio? «El resto».

SEV. ¿Y no habrá ya quien se esconda  
del corazón en los pliegues?

MAT. Ninguno.

- SEV. No me lo niegues.  
MAT. Ninguno.  
SEV. (A doña Antonia con intención.)  
A quien corresponda.  
Vaya, yo voy á salir;  
porque, aunque nada me acosa,  
no sé la tía qué cosa  
te tenía que decir.  
Conque aquí os quedáis las dos.  
Antonia, díselo todo.  
ANT. Descuida. (Con despecho comprimido.)  
SEV. Pero de modo  
que lo entienda.  
ANT. Bien.  
SEV. (Vase por foro derecha.) Adiós.

#### ESCENA IV

MATILDE, DOÑA ANTONIA y en seguida la SEÑORA RITA por el foro derecha.

- MAT. Vamos, tiíta, ya puedes explicarme lo que es eso.  
ANT. Medio siglo, que ya es fecha, cumplo el veintidós de Enero. Calcula si habré podido ver cosas en ese tiempo. Pues...  
RITA (saliendo.) Alabado sea el Santísimo Sacramento.  
MAT. Felices, señora Rita.  
RITA Muy buenos días. ¿Qué veo? ¿Ya te has vestido de largo? Te sienta muy bien. ¡Qué cuerpo! Algo mejor estás tú que la sobrina del médico de la casa de la esquina, que parece un palo seco.  
MAT. Pues, ¿no es hija esa muchacha del doctor?  
RITA ¡Quiál! ¡Ni por pienso! Su madre es esa señora que es rubia desde el invierno



pasado, porque es la moda  
el volver rubio lo negro,  
que tampoco es la mujer  
del doctor, pues sé de cierto  
que ella y su marido están  
separados hace tiempo.

ANT. Señora Rita, por Dios,  
repare usted... (Señalando á Matilde.)

RITA (Aparte.) No di en ello.  
(Alto.) Vengo de San Luis; estaba  
lleno de luces el templo:  
los funerales hacían  
hoy por el descanso eterno  
de doña Antonia Mazanti.  
¿Recuerda usted?...

ANT. No recuerdo.

RITA Aquella vecina nuestra  
de la calle del Progreso,  
que tenía aquel marido  
que estuvo en presidio luego...

ANT. ¿Rezó usted la penitencia?

RITA No.

MAT. Pues vámonos adentro,  
y allí me puedes contar...

ANT. Deja, no es ningún secreto.

RITA Hablen ustedes, que á mí  
nada me distrae del rezo,  
y lo que oigo yo es lo mismo  
que si cayese en un cepo.

MAT. (En un cepo con orejas  
y una lengua de barbero.)

ANT. Figúrate... (Es una cosa  
tan difícil.)

RITA (Sacando el Rosario.) «Padre nuestro...»

ANT. Figúrate que tu tío,  
que ya puede tener nietos,  
se quiere casar.

MAT. ¡Jesús!

RITA ¡Eh  
«Vénganos el tu reino...»

Ya lo sospechaba yo;  
porque desde hace algún tiempo...  
«Hágase tu voluntad»  
no está el señor en su centro;



pues tan pronto piensa... «En la tierra como en el cielo...» hacer de lo negro blanco, como de lo blanco negro. No almuerza, come, ni duerme, ni hace nada con acierto. Saca cuentas, habla solo, y, en fin, señora... «El pan nuestro de cada día...»

MAT. ¡Es extraño!

ANT. Lo más extraño no es eso.

¿Contra quién dirás que atenta?

MAT. Pues... ¿contra una de su tiempo?

RITA (Acabando de rezar con precipitación.)

«Líbranos de mal, amén, Jesús.» ¿A que yo lo acierto?

ANT. No es fácil, señora Rita.

RITA Con la sobrina del médico; porque siempre que la ve la regala caramelos.

MAT. ¡Si es una niña!

ANT. No es esa.

RITA Calle usted. Ahora recuerdo que será esa chica guapa sobrina de don Marcelo...

(Señal negativa de Antonia.)

¿No? «Dios te salve, María, llena...» Entonces no hay remedio, debe ser con otra.

ANT. Justo.

MAT. ¿Quién es, tía, quién?

ANT. Tú.

MAT. ¡Cielos!

RITA Pues la verdad; no he querido decírselo á ustedes; pero la noticia de esa boda no me ha cogido de nuevo.

MAT. (Muy desconsolada.)

¡Volaron mis ilusiones!

ANT. También las mías huyeron.

Pero, no; ¡si es imposible que el amor arda en su pecho!

RITA Entonces... si no es amor...

será... será... (Con alegría.)

¡Ya la tengo!

- ANT. } Sepamos lo que es.  
MAT. }  
RITA } ¡Por Dios!  
¡Encargo mucho el secreto!  
ANT. ¡No faltaba más!  
MAT. (Se agrupan.) A ver.  
RITA Que están muy malos los tiempos,  
es cosa fuera de duda.  
¿No es verdad?  
ANT. Sí. Desde luego.  
RITA Pues si el tutor de Matilde,  
que es el señor don Severo,  
se ha encontrado de repente  
sin lo suyo y sin lo ajeno,  
¿quién nos puede asegurar  
que no ha dicho en sus adentros?  
«Matilde puede casarse;  
si su marido no es lerdo,  
me ha de reclamar la dote  
y me pone en un aprieto;  
pues hágola mi mujer:  
tal vez mejoren los tiempos,  
y... ¿Estamos? Pues es verdad  
lo mismo que el Evangelio.  
ANT. Señora Rita, es usted  
una mujer de talento.  
RITA ¡La experiencia, doña Antonia!  
MAT. Yo no me inclino á dar crédito...  
ANT. No lo dudes, criatura...  
RITA Pues cástate.  
MAT. Ni por pienso.  
ANT. Los comerciantes no tienen  
cariño más que al dinero.  
MAT. Pues sabrá quién es Matilde,  
ya que en cuestión de comercio  
se propone convertir  
el más puro sentimiento. (Campanilla.)  
RITA El será, porque han llamado.  
MAT. Pues idos, que llega á tiempo.  
(Vanse Rita y doña Antonia.)  
¡Calle! Es Carlos. Este sí  
que me gusta; pero es memo.

## ESCENA V

MATILDE y CARLOS, que sale por el foro derecha.

- CAR. ¡Qué cara! ¡No tiene un tilde!  
Felices.
- MAT. No hay de qué darlos.
- CAR. ¡Ay!
- MAT. ¿Por qué suspiras, Carlos?
- CAR. Si no suspiro, Matilde.
- MAT. Ya sabes que se te estima.
- CAR. Gracias.
- MAT. (En vano le esprimo.)  
¿Qué es lo que decías, primo?
- CAR. No decía nada, prima.  
Merezco que se me azote.
- MAT. Habla, no tengas empacho. (Gran pausa.)  
(Pues señor, este muchacho es tonto de capirote.)
- CAR. (Y ella me incita... Me porto.)
- MAT. (¡Qué babei cal! Ni de encargo.)
- CAR. ¡Qué ve! Ya vas de largo.
- MAT. No me gusta nada corto.
- CAR. (¡Pullita sobre pullita!  
Pues, vaya, me decidí.)  
Prima, estás mejor así,  
porque así estás más bonita.  
Y si de ello no te asustas,  
ya que el temor deseché,  
francamente te diré  
que hace tiempo que me gustas,  
que te amo con frenesí  
ante todo y sobre todo;  
que te quiero, en fin, de un modo  
que sólo se expresa así.  
(La besa la mano repetidas veces.)
- MAT. Basta ya, Carlos. ¡Por vida!  
Que aunque en tu candor te escudas,  
si te lanzas...
- CAR. (Queriendo volver á besarla la mano.)  
¿Es que dudas?

- MAT. (Retirándola.)  
No, ya estoy muy convencida.
- CAR. ¿Puedo en tu amor esperar?
- MAT. (Aparte, retirándose á un lado )  
(¿Ven ustedes? Yo... accedía;  
pero me ha dicho la tía  
que no debo incomodar;  
porque opina, y con razón,  
que si al hombre se le escucha  
sin resistencia y sin lucha,  
se le marcha la ilusión...)
- CAR. ¿Tienes corazón de hierro,  
que á mi amor te muestras sorda?
- MAT. (Pues, señor, vaya la gorda  
con esta cara de perro.  
(Frunciendo el ceño y con gravedad cómica.)  
¡Basta ya! ¡Mi voz te intima  
por tu inicuo proceder!  
¡Mujer!...
- CAR. ¡Yo no soy mujer!
- MAT. Prima...
- CAR. ¡Tampoco soy prima!
- MAT. (Es natural; me excedí...)  
(Sale la señora Rita de la segunda izquierda y queda  
escuchando en segundo término.)
- MAT. Prescindo del dicho: al hecho.  
¿Quién le ha dado á usted derecho  
para llegar hasta aquí? (Por la mano.)  
Voy, pues la mancha distinta  
vese aquí de su borrón, (Por la mano.)  
á lavarme con limón,  
que es como sale la tinta.  
(Vase por la primera izquierda.)

## ESCENA VI

CARLOS y la SEÑORA RITA

- CAR. ¡Lo tengo bien merecido!  
¡Soy un estúpido, un ganso!
- RITA (Viniendo al proscenio )  
Que usted me crea, que no,  
ya lo había sospechado.



- CAR. ¿El qué, Rita?  
RITA ¡Vamos, hombre,  
no se haga usted el misántropo!  
¡Si todo lo he estado oyendo  
desde la puerta del cuarto!
- CAR. (¡Es muy bonita costumbre!)  
RITA Debe usted tener más ánimos.  
CAR. ¿Cómo los he de tener  
cuando ella me ha desahuciado?
- RITA ¿Qué sabemos si será  
para bien de usted, don Carlos?  
CAR. ¿Cómo?  
RITA ¡Psch! Nada.  
CAR. Hable usted.  
Mi ventura está en su mano.  
Dígame usted lo que sepa.  
RITA Por supuesto... (Encargándole el sigilo.)  
CAR. Es excusado...  
RITA Matilde es, en apariencia,  
el mismo candor andando.  
Pero ella ha dicho: «Mi primo  
no debe tener un cuarto».  
Por un lado ese temor,  
y después, por otro lado,  
la boda con que su tío  
viene á remachar el clavo...  
CAR. ¿Cómo? ¿La quieren casar?  
RITA Es verdad; no le he contado...  
Pues, sí, señor; don Severo  
quiere unirse en santo lazo  
con su sobrina Matilde.  
CAR. ¡No es posible! ¡Estoy soñando!  
RITA Y yo tengo para mí  
que á ella le ciega el... (seña de dinero.)  
¿Estamos?
- CAR. (Deberes de gratitud  
vienen á cortarme el paso.)  
Para evitar el tener  
que hablar de e-te asunto ingrato,  
voy á escribir á mi prima  
dos letras.
- RITA Estoy al cabo.  
Yo serviré de Mercurio.  
CAR. Pues al instante despacho.  
(Se sienta y escribe una carta.)



RITA ¡Despreciarle! ¡Pobre chico!  
¡Tan elegante! ¡Tan guapo!  
¡Con un corazón tan noble!  
¡Ay!... ¡quién tuviera quince años!

CAR. Tome usted, señora Rita.  
(Dándole la carta.)

RITA Váyase usted descuidado.  
(Vase Carlos por la primera derecha.)

## ESCENA VII

LA SEÑORA RITA, y á poco MATILDE por la primera izquierda.

RITA Supuesto que viene abierta  
enterémonos del caso ..  
por si dice algo atrevido ..  
(Al ir á abrirla aparece Matilde.)

MAT. Rita, te andaba buscando.

RITA (¡Qué lástima!) ¿Qué me quieres?

MAT. Figúrate tú que Carlos...

RITA Te ha declarado su amor.

MAT. ¿Cómo lo sabes?

RITA Y en cambio  
tú le has dado calabazas.  
¿Por qué tan mal le has tratado?

MAT. Porque aseguran que así  
nos es más fácil pescarlos.  
Pero á decirte verdad,  
él es mi sueño dorado.

RITA Pues es menudo el disgusto  
que tiene el pobre muchacho.  
Te ha escrito estas cuatro letras  
poco menos que llorando. (Le da la carta.)

MAT. (Leyendo.)  
«Si te amé, fué en el calor  
de un momento de arrebató:  
después de lo que he sabido  
ya no puede amarte, Carlos.»  
¿Qué es esto, Rita? Esta carta  
no es de un hombre enamorado.

RITA A ver, á ver... (Repasando la carta.)

MAT. Mi conducta  
no merece tal agravio.

RITA (Leyendo.)  
«Después de lo que he sabido...»  
Ya está todo descifrado.

MAT. ¿Cómo?  
RITA ¡Fíate en los hombres!  
MAT. ¿Qué quieres decir?  
RITA ¡Qué rayo  
de luz!

MAT. Calma mi impaciencia.  
RITA Nada, hija mía, que Carlos  
ni te ha profesado amor  
ni otro móvil se ha llevado,  
que hacerse dueño del dote  
que constituye su encanto.

MAT. ¡Rita! ¡Rita!... (Llorando.)  
RITA Nada, olvídale,  
que aún hay hombres á puñados.  
(Limpiándole los ojos y besándola.)  
Dame un beso y á vivir.  
No llores, rosa de Mayo.

## ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA ANTONIA. Luego CARLOS y luego DON SEVERO.  
Después RITA

ANT. (Saliendo por la segunda izquierda.)  
Señora Rita, el almuerzo  
le pueden ir preparandó.

RITA (Y tú puedes prepararte  
para sufrir un mal rato.) (Vase foro.)

MAT. ¡Qué opresión tengo!... ¡Qué angustia!  
ANT. Matilde, ¿qué es esto?  
MAT. Acaso  
sea un vahído; no sé...  
(Se inclina sobre el pecho de Antonia.)

ANT. ¡Matilde! ¡Se ha desmayado!  
¡Rita! ¡Carlos! (Llamando.)

CAR. (Saliendo primera derecha.)  
¿Me llamabas?  
¿Qué veo?

ANT. ¡Corre; en mi armario  
estará el frasco del éter!

- MAT. Ya me pasa... (Recobrándose.)  
ANT. Sin embargo...  
MAT. Si ya estoy bien.  
SEV. (Dentro.) ¡El almuerzo!  
ANT. ¿Qué has sentido?  
MAT. Un arrebató  
de sangre.  
CAR. (¡Perjura!)  
MAT. Al tío  
no decirle nada.  
SEV. (Saliendo por el foro.)  
¡Bravo!  
¡Todos juntos! ¡Lo celebro!  
Pero, Matilde... ¿has llorado?  
MAT. No, señor.  
SEV. Pues lo parece.  
ANT. (¡Qué situación!)  
MAT. (Sonriendo.) Al contrario.  
SEV. Y bien; ¿qué te ha parecido  
la noticia que te han dado?  
MAT. (Yo digo que no lo sé  
y así salgo ahora del paso.)  
(Mirando á doña Antonia.)  
No sé... no me han dicho nada.  
SEV. ¡Pues cumples bien mis encargos!  
ANT. Se me... olvidó... sin querer...  
SEV. ¡Parece que tenéis algo!  
ANT. No lo creas.  
MAT. ¡Qué aprensión!  
SEV. (A Carlos)  
¿Y qué haces tú tan callado?  
CAR. Nada... (¡Comiendo partidas!)  
SEV. Tengo el deber de animaros.  
RITA (Saliendo por el foro sin ser notada.)  
(La situación culminante  
creo que se ha presentado.)  
SEV. Todos lo habéis de saber,  
al postre, tarde ó temprano...  
Si á ti te halaga la idea (A Matilde.)  
de un cariño razonado  
presidido por las canas ..  
no por el loco entusiasmo,  
permítele á un pobre viejo  
que en su cariño escudado

- te ofrezca con las del rostro  
las arrugas de su mano.  
RITA (¡Bonito presente!)  
SEV. ¡Habla!  
RITA (¡Pobrecita!)  
CAR. (¡Estoy sudando!)  
MAT. (sin saber qué decir.)  
Yo, tío... recibo honor...  
y ese cariño... templado...  
RITA Pues yo soy de parecer...  
SEV. (sin hacer caso á Rita.)  
¡Sublime discurso! Vamos,  
Antonia, ¿qué dices tú?  
ANT. Yo... Severo... sí, lo aplaudo...  
El deber .. la gratitud...  
el... las... pues...  
SEV. Quedo enterado.  
RITA Pues yo soy de parecer...  
SEV. A ver lo que dice Carlos.  
CAR. Yo... si... mi... la...  
SEV. ¡Bien solfea!  
¿Por qué no habéis de ser francos?  
RITA Pues yo soy de parecer...  
SEV. (Amostazado.)  
¡Yo lo estoy siendo hace rato  
de que me deje usté en paz  
y no he podido lograrlo!  
Yo os tenía por leales;  
pero me he llevado chasco.  
(Movimiento general.)  
CRIADO (Saliendo por el foro izquierda.)  
¡El almuerzo está servido!  
SEV. Está muy bien, ahora vamos. (Vase el criado.)  
En fin, vamos á almorzar.  
MAT. Dispense usted si me marchó;  
me encuentro un poco indispuesta  
y me retiro á mi cuarto.  
(Vase por la primera izquierda.)  
SEV. Vamos nosotros.  
ANT. Dispénsame...  
si almuerzo me va á hacer daño.  
(Vase segunda izquierda.)  
SEV. Mejor, más ración tendremos.  
Ven. (A Carlos.)



- CAR. Yo no almuerzo, estoy malo.  
(Vase por la primera derecha.)
- SEV. (Sentándose á la mesa de despacho y dando un puñetazo fuerte.)  
¡Pues yo estoy malo también!
- RITA Y con el almuerzo, ¿qué hago?
- SEV. ¡Se lo come usted, y revienta!
- RITA (¡Jesús María, ¡qué bárbaro!  
¿Qué tendrán? Me voy adentro  
á ver si puedo oler algo.) (Medio mutis.)
- SEV. Señora Rita... dispéñseme  
si estuve con usted agrio.
- RITA (¡Más que el vinagre de yema!)  
Vamos, señor, me hago el cargo...
- SEV. Dígale usted á Matilde  
que haga el favor...
- RITA (¡Temerario!)
- SEV. De venir aquí un momento.
- RITA Voy en seguida. (Me escamo.)  
(Vase por la primera izquierda.)

## ESCENA IX

DON SEVERO, poco después MATILDE

- SEV. ¿Me habré puesto en evidencia?  
¿Es necia mi pretensión?  
Creo que estoy en razón  
y cumplo con mi conciencia.
- MAT. (Saliendo por la primera izquierda.)  
(¡Pobre tío!) ¿Quieres algo?
- SEV. Quiero inquirir y saber...  
porque, Matilde, á correr,  
á mí no me alcanza un galgo.
- MAT. No entiendo ..
- SEV. Mira, yo sé  
lo mal que habéis recibido  
mi plan; pero no he podido  
darme razón del por qué;  
y aquí me tienes perplejo  
y en un mar de confusiones.  
Quiero saber las razones...
- MAT. (¡Pues con mirarte al espejo!...)



SEV. ¿Tienes novio? La verdad.

MAT. No, tío.

SEV. Y yo... ¿te disgusto?

MAT. No, tío.

SEV. ¿Querrás á gusto  
presentarte en sociedad  
llamándote mi mujer?

MAT. Sí, tío.

SEV. ¿Sin que á la larga  
pesada encuentres la carga?...

MAT. No, tío.

SEV. ¿Ni hacerme ver  
que cometí un desvarío?

MAT. No, tío.

SEV. Mira, hija mía,  
suprime esa letanía  
que ya sé que soy tu tío.  
Yo no te ofrezco un edén  
ni ningún sueño dorado;  
pero un amor razonado  
sí puedo ofrecerte.

MAT. Bien.

SEV. En mí no hallarás pasión  
sino una fe duradera.

MAT. Bien.

SEV. No hay dicha pasajera  
cimentada en la razón.  
Si algún funesto vaivén  
no me empobrece, soy rico.

MAT. Bien.

SEV. Yo á nadie sacrifico.  
Francamente, ¿aceptas?

MAT. Bien.

SEV. ¡Vaya un bonito percall  
Pues, bien, digo yo también;  
mas suprime tanto bien,  
que me estás haciendo mal.

MAT. Yo no sé, ¡pobre de mí,  
cómo agradarte consiga.  
¿Pues qué más quieres que diga,  
si á todo digo que sí?

SEV. Que no me rompas el cráneo  
con tanto ambiguo concepto,

- y que respondas «acepto»,  
si es tu cariño espontáneo.
- MAT. ¿Y cómo no lo ha de ser,  
si nada en contra se opone?  
Lo que mi tío dispone  
yo lo debo obedecer.  
Verás qué vida llevamos  
tan fecunda en parabienes,  
toda vez que grandes bienes  
al matrimonio aportamos.  
Tú destinas tu caudal  
al negocio, le acrecientas  
y vivimos con las rentas  
de mi pingüe capital.  
El tuyo se multiplica...  
y aunque vivamos con fasto,  
corre de mi cuenta el gasto...  
¡porque yo debo ser rica!
- SEV. (Su candor extraordinario  
pone el secreto en relieve.)
- MAT. Casémonos, tío, en breve.
- SEV. ¿Me enseñas el inventario? (Con intención.)  
Aunque no nacen de ti,  
ciertas dudas os oprimen,  
sin calcular que es un crimen  
el que se dude de mí.
- MAT. ¿Qué estás diciendo? (¡Dios mío!  
¡Ya lo acertó!...)
- SEV. Vete, vete,  
que no quiero ser juguete  
de nadie.
- MAT. Ya me voy, tío;  
mas conste que el suspicaz  
eres tú.
- SEV. No hay que enfadarse.
- MAT. (¿Será capaz de casarse  
conmigo? ¿Será capaz?)  
(Vase por la primera izquierda.)

## ESCENA X

DON SEVERO. A poco CARLOS. Luego un CRIADO con una carta.

SEV. No es suya la iniciativa,  
alguien la ha hablado al oído.

CAR. (Saliendo primera derecha )  
¡Malditas sean las cuentas,  
los balances y los libros!

SEV. (Carlos. Acaso este sepa...)  
Vas á ser franco conmigo.  
¿Qué eran las frases cortadas,  
las pullas y los supiros  
con que hace poco mi plan  
de boda habéis recibido?

CAR. Tío, yo le quiero á usted  
con la ternura de un hijo,  
y no sé si debo...

SEV. Debes.

CAR. Sé que alguien se ha permitido  
decir que hace usted esa boda  
en provecho de sí mismo.

¡Ah! Pero yo no lo creo.

SEV. ¿No recuerdas quién lo ha dicho?

CAR. No, señor.

SEV. Quizá... tu madre.

CAR. ¿Como?

SEV. Tu madre, repito.

CAR. Mi madre tendrá otras faltas;  
ingrata, nunca lo ha sido.

SEV. Tú la debes defender;  
pero yo tengo motivos ..

CRIADO (Por el foro, con una carta.)

Una carta. (Se la da á Carlos.)

CAR. Y es urgente.

¿Esperan? (Abre la carta.)

CRIADO No me lo han dicho. (Vase )

SEV. (Voy á ver ese balance...) (Medio mutis.)

CAR. (Después de haber visto la carta )

¡Infeliz! ¡Está perdido!

SEV. ¿Quién?

CAR. Un amigo entrañable,

que se encuentra en un conflicto.  
Ha jugado el infeliz...

SEV. ¿El infeliz?

CAR. Y ha perdido  
un dinero que no es suyo.  
Se encuentra en un compromiso  
y quiere que yo le salve.

SEV. (¡Se necesita cinismo!)

Ese te quiere estafar.

CAR. El ha jugado impelido  
por necesidades serias.

SEV. (Irónicamente.)

¿Qué me cuentas? ¡Pobrecito!

CAR. Yo tengo unos mil reales  
economizados, tío.

Puesto que, según costumbre,  
siempre por Pascuas percibo  
los dos mil de mi trimestre,  
présteme usted el servicio  
de anticiparme esa suma.

SEV. Todo el que juega es un pillo.  
Yo creo que ni á mi padre  
le perdonaba ese vicio.

(Vase primera derecha.)

## ESCENA XI

CARLOS, y poco después la señora RITA por el foro con billetes de  
Banco

CAR. ¡Si hallara quien me dejase  
la suma que necesito!  
Con la paga de mañana  
saldaba la cuenta y listo.

RITA (Saliendo.)

Felices.

CAR. Hola.

RITA Don Juan,  
el procurador, que vino  
por más señas muy deprisa,  
porque dice que á su niño  
le tiene con sarampión  
muy malito, muy malito,



pues se le ha metido dentro  
por darle un refresco frío  
contra la orden del doctor,  
que se los mandaba tibios  
á fin de hacerle sudar,  
este dinero ha traído.

CAR.

(Es una buena ocasión  
que me depara el destino  
Tomo lo que me hace falta  
para salvar á Ramiro;  
repongo mañana el déficit  
con lo que me dé mi tío,  
y hago la entrega completa.)  
Venga. (Toma el dinero.)

(Lo que es el delito  
No voy á hacer ningún mal,  
y me ha entrado un sudor frío...)

RITA

(¡Qué desconfiado que es!  
¡se lo mete en el bolsillo!)

CAR.

Diga usted, señora Rita.

RITA

Mándeme usted, señorito.

CAR.

Usted que todo lo sabe...

RITA

Apostemos que adivino  
lo que llama su atención.

CAR.

No será extraño.

RITA

De fijo  
del llanto de su primita  
quiere saber el motivo.

CAR.

Cuanto concierne á Matilde  
por inútil lo suprimo.

RITA

Claro está: después de aquello...  
Pero usted aun no me ha dicho  
lo que quiere...

CAR.

Por ventura  
¿me ha dejado usted decírselo?  
¿Podrá usted darme noticia?...

RITA

¿Del disgusto de su tío?

CAR.

De cierta casa de juego  
que hay, según tengo entendido,  
en la calle de Alcalá.

RITA

(¡Jesús! ¡Frecuenta garitos!)  
No sé.. como yo no juego;  
pero el lacayo Francisco,  
que dicen que es punto fuerte,



debe saberlo, de fijo.

Voy á que me dé las señas. (Medio mutis.)

CAR. Deje usted, iré yo mismo.

RITA (¡Conque también jugador!)

CAR. No le diga usted al tío  
que don Juan trajo estos fondos,  
pues disponer necesito  
de una parte hasta mañana...

RITA (¡Jesús, María! ¡Qué pilló!

¡Y quiere que yo le sirva  
de tapadera!...) Carlitos...

hijo mío... reflexione  
que corre usted un gran peligro!

CAR. ¡Señora Rita, por Dios!

no forme usted malos juicios  
y no tema usted por mí  
que ya no soy ningún niño.

RITA Por eso precisamente...

CAR. Silencio, que llega el tío.

## ESCENA XII

DICHOS y DON SEVERO por la primera derecha

SEV. ¿Qué es eso? ¿Vas á salir?

CAR. Según usted me previno  
iba á casa de don Juan.

SEV. Es verdad. Vuelve prontito.

CAR. Adiós. (Aparte á Rita.) (¡Silencio!)

RITA (Aparte á Carlos.) Don Carlos,  
puede usted irse tranquilo;  
secreto que me confían  
no me lo arrancan ni á tiros.

(Vase Carlos por el foro. Rita con intención á don  
Severo.)

Se va á casa de don Juan.

SEV. Eso parece.

RITA Es buen chico,  
va á cobrar los alquileres.

SEV. Lo supongo.

RITA Por lo visto  
no trajo don Juan los fondos.

SEV. Sin duda.

RITA

Ya lo colijo.

Señor, harto sabe usted  
que yo jamás me he metido  
en cosas que no me importan,  
mas no desprecie mi aviso.

(Con mucho misterio.)

Los ambiciosos abundan,  
el mal tiene su atractivo...  
y yo no quiero ser cómplice  
de semejante delito.

SEV.

¡Señora, reviente usted  
con mil diablos!...

RITA

(Siempre con misterio.) Ha venido.

SEV.

¿Quién?

RITA

El.

SEV.

¡Pues quedo enterado!

¿Quién es él?

RITA

El susodicho;

el que recauda los fondos.

SEV.

¿Don Juan?

RITA

Sí, señor, el mismo.

SEV.

¿Y qué?

RITA

Que trajo el dinero.

SEV.

¿Y en dónde está?

RITA

En el bolsillo

de don Carlos.

SEV.

¡Cómo! ¿Es él

quien la cuenta ha recibido?

¿Pues no dice que iba á verle?

RITA

(Con aprobación.)

¡Donde marchó es á un garito!

SEV.

¿Qué me dice usted?

RITA

¡Que juega!

SEV.

No es posible ¡Ah! Ya adivino.

Ha dispuesto de esos fondos  
para salvar á su amigo,  
mientras percibe su paga.

¡Qué corazón tan magnífico!  
(¡La intención lava la culpa!)

RITA

Yo estuve como un martillo  
machaca que te machaca,  
pero de nada ha servido.

SEV.

Tiene usted, Rita, la lengua  
más viperina que he visto.

Carlos se marchó á esa casa,  
porque debió, porque quiso,  
porque tiene allí un negocio,  
porque le mandé yo mismo.

RITA (¡Calle! ¡El mismo le mandó!  
¿Será que estén convenidos  
y éste prestará el dinero  
que va á apuntar su sobrino?)

SEV. Y hágame usted el favor  
de corregirse ese vicio,  
que es la boca de usted vaina  
de un alfange damasquino.

RITA Lo que es eso, don Severo,  
no puedo yo permitirlo.  
Todos nos equivocamos.  
Ni yo en mi vida he tenido  
que acusarme de embustera,  
ni menos del torpe vicio  
de irle con chismes á nadie.

Por mí no habrá usted sabido  
que la cocinera compra  
un kilo de solomillo  
y que sin ley ni conciencia  
le pone en la cuenta cinco.

Tampoco seré yo causa  
de que sepa que Francisco  
se juega al monte el dinero  
que le dan para utensilios  
de la cuadra, y que se come  
hasta el pienso del Tordillo.

Ya ve usted si yo sé cosas,  
pues con todo no las digo.

SEV. Dejemos eso, y hablemos  
de otra cosa.

RITA (Ya adivino...)

SEV. ¿Quién ha soltado la especie  
de que yo el proyecto abrigo  
de casarme con Matilde  
por el interés nezquino?

RITA ¿Tengo yo también la culpa  
de que digan? . .

SEV. ¡Si no digo  
que tenga la culpa usted!...  
La pregunto quién ha sido...

RITA Pues... lo ha dicho doña Antonia.

SEV. (Bien supiuse.) Y ¿qué motivo le puede haber impulsado?

RITA ¡Es usted lo más bendito!  
¿Quién es aquí la heredera si usted muere?

SEV. No adivino...

RITA Pues como es muy natural que cuando falte su tío cargue con todo Matilde, doña Antonia, que ha sabido que la chica era gustosa de casarse con su tío... se ha forjado tal calumnia para romper esos vínculos... y ver si puede casar á la chica con el chico.

SEV. ¡Cómo! Carlos y su prima...  
¡Qué rayo de luz percibo!  
Yo sabré hacerlos felices aun á costa de mí mismo.

RITA Pero ¿qué está usted diciendo?  
¿Casar pretende á los chicos cuando no se pueden ver?

SEV. ¿Pues no se quieren?

RITA Lo mismo que perro y gato. Señor, madúrelo usted con juicio, que eso fuera realizar de doña Antonia el designio.

SEV. Es usted, buena mujer, el animal más dañino.  
(¡Esta víbora es capaz de volver á un santo el juicio!)  
(Vase por la primera derecha )

### ESCENA XIII

RITA

La culpa la tengo yo  
por querer prestar servicios  
á gente tan descastada,



que muchísimos domingos  
se quedan sin ir á misa  
por dormir. ¡El señorito!  
(Viendo entrar á Carlos por el foro.)

## ESCENA XIV

RITA y CARLOS

- CAR. (saliendo por el foro.)  
(Mi deseo he realizado  
y mi deber he cumplido.)
- RITA (Este, el dinero ha perdido  
y viene desconsolado.)  
¿Qué le ocurre?
- CAR. Lo diré,  
si es que la ansiedad me deja.  
(Voy á engañar á esta vieja,  
y después conoceré  
el cariño de mí tío.)
- RITA ¡Hable usted! ¡Viene agitado!
- CAR. ¡Ocurre un desaguisado,  
una catástrofe, un lío!  
Por el noble sentimiento  
de la amistad impulsado,  
y con el pecho agitado  
por la emoción y el contento...  
(¡Nada, la debo engañari...)  
Subí á esa casa maldita,  
donde el hombre ya se quita  
la vergüenza para entrar.  
Y al recordar la pasión  
que Matilde me inspiraba,  
viendo que ella postergaba  
mi cariño á su ambición,  
con el ejemplo que allí  
dejome la suerte ver,  
los ojos cerré al deber,  
me lancé, jugué y perdí.  
¡Jesús!
- RITA
- CAR. La cosa es sensible  
y con el peor me igualo.

RITA (¡La vida del hombre malo!)  
¡Juega y pierde!...

CAR. ¡Esto es horrible!  
(Se la ha tragado) ¿Qué hacer  
para hallar ese dinero?

RITA ¡Virgen Santa! ¡Don Severo  
cuando lo llegue á saber!...

CAR. (Tan pronto como lo veas.)

RITA ¿Cómo salir adelante?..

CAR. (Desesperación cómica.)  
¡No sé! ¡Desde hace un instante  
tengo muy negras ideas!

## ESCENA XV

DICHOS, DOÑA ANTONIA, luego MATILDE. Las dos salen por la  
primera izquierda

ANT. ¿Qué hacen ustedes aquí?  
¿Estás triste? ¿Qué ha pasado?

CAR. Nada de particular.

RITA (Aparte á Carlos.)  
(Déjelo usted á mi cargo.)  
El chico está pesaroso,  
porque cualquiera en su caso  
lo mismo haría... Matilde...  
¡Cosas al fin de muchachos!  
¡No se ha dignado admitir  
el cariño de don Carlos!

ANT. Si yo ya lo tengo dicho,  
que es el enemigo malo  
la tal Matilde. Quisiera  
que me estuviera escuchando.

RITA (Mirando por la primera izquierda.)  
Pues mire usted, aquí viene:  
más á tiempo, ni de encargo.  
(Sale Matilde primera izquierda.)

ANT. Puedes en tu obra gozarte;  
contempla el dolor de Carlos.

CAR. No insistais.

MAT. ¿Qué estás diciendo?

RITA (Pues esta le canta claro.)

ANT. Que puedes en tu ambición

dar á Severo la mano  
de esposa, sin reparar  
que has inferido un agravio  
al que tuvo la desdicha  
de amarte con entusiasmo.

MAT.

Yo mi cariño no vendo.  
Y en cuanto á mi primo Carlos,  
le llevo en el corazón  
há mucho tiempo grabado.

CAR.

¿Qué escucho?

ANT.

¿Será posible?

RITA

No me engaña ningún chato;  
la niña tiene su plan  
y maneja bien los dados.

ANT.

(A Carlos)

Parece que no te alegras.

¿No eres feliz?

CAR.

Al contrario.

(Doña Antonia y Carlos hablan bajo, mientras Rita  
habla á un lado con Matilde.)

RITA

(Sabes tú por qué está triste?)

MAT.

(¿Por qué?)

RITA

(Lo he averiguado:

porque acaba de jugarse  
la cuenta de inquilinatos.)

MAT.

(¿Qué dices?)

RITA

(¡Que es un bribón!

¡Que solo busca los cuartos,  
y al perder tu dote se echa  
á los piés de los caballos  
y de las sotas!...)

MAT.

(¡Dios mío!)

RITA

(Quede el tío vindicado.)

MAT.

(Me avergüenzo de tal duda.)

RITA

(Pues silencio.) (Alto á doña Antonia.)

Vamos, vamos,

¡cuánto celebro que al fin  
se haya el asunto arreglado!

ANT.

¡Pues si es lo más natural  
que se quieran dos muchachos!

¡Pero este chico está triste!...

MAT.

(¡Qué terrible desengaño!)

ESCENA XVI

DICHOS y DON SEVERO por la primera derecha

SEV.

¿Qué es eso? ¿Sólo á mi vista  
os quedáis petrificados?  
Una noticia agradable:  
Matilde y yo nos casamos.

RITA

¿Agradable?

SEV.

¡Desde luego!

RITA

(¡No dirá lo mismo Carlos!)

MAT.

Yo...

ANT.

Pues...

RITA

Por mí...

CAR.

(¿Qué diré?)

SEV.

¿Os habéis apoderado  
de los puntos suspensivos  
otra vez? ¡Hay que ser francos!  
Es tanta mi indignacion,  
mi ciego furor es tanto...

ANT.

¿Cómo?

SEV.

Que quiero vengarme,  
y, al efecto, en mi arrebató,  
mando que, sin dilación...  
se casen Matilde y Carlos. (Sensación.)

CAR.

(¡Qué corazón!)

ANT.

(Muy alegre.) ¿Es posible?

RITA

(Aparte á don Severo.)

SEV.

(¡No sea usted temerario!)

RITA

(¿Cómo?) (Aparte á Rita.)

SEV.

(No se pueden ver...)

RITA

(¿Qué dice usted?)

SEV.

(Ni pintados.)

(Eso no puede ser cierto.)

(Alto á Carlos y Matilde.)

Dadle á este viejo un abrazo,  
y sellad vuestro cariño  
con un apretón de manos.

MAT.

Tío, yo agradezco á usted  
el móvil que le ha impulsado;  
pero no puedo... ni quiero,  
llamarme esposa de Carlos. (Sensación.)



RITA (Aparte á don Severo.)  
(¡Si se quieren que se adoran!)  
SEV. (¿No decía usted?...)  
ANT. (¡Qué chasco!)  
SEV. ¿Queréis que me vuelva loco?  
Habla. (A Carlos.)  
CAR. ¡Soy pobre!  
MAT. Rechazo

suposición tan indigna.  
Si ahora te niego mi mano  
no es por el vil interés,  
sino porque yo no te amo...  
aun más: porque te aborrezco.

TODOS

¡Cómo!

RITA

(Aparte á don Severo.)

(¿Lo está usted mirando?)

SEV.

(¿Será cierto?) Muy sensible  
me es haberme equivocado;  
pero no tiene remedio;  
y pues por lo dicho alcanzo  
que Matilde aprueba al fin  
aquel plan... descabellado,  
le haré una revelación  
si no influye en su ánimo,  
con orgullo, al pie del ara,  
la llevaré por mi mano.

RITA

(¡Qué será!)

SEV.

(Van á venderse  
sin querer. ¡Silencio, Carlos!)  
Llevado del mejor celo  
y del objeto más santo,  
de Matilde, el patrimonio  
con mis fondos asociado  
casi llegué á duplicar  
en negocios arriesgados;  
pero un cúmulo imprevisto  
de inevitables quebrantos,  
á menos de una mitad  
reducido le ha dejado.

TODOS

¡Cómo!

ANT.

(A Matilde.) Aprende á conocer  
si te dan consejos falsos.

SEV.

(Antonia fué.) Habla, Matilde.

MAT.

(De pena me estoy ahogando.)

- No toquemos este asunto...  
soy aun muy niña... no alcanzo  
por qué atropelláis sucesos...
- RITA (Aparte á don Severo.)  
Vaya, ¿lo está usted mirando?
- SEV. (A Matilde.)  
No padezca tu ambición :  
tus fondos están doblados. (A doña Antonia.)  
Si no he malversado nada,  
¿por qué hacerme tanto daño?
- ANT. Severo, tú me acriminas  
sin que haya abierto mis labios.  
Pregúntaselo á Matilde.
- MAT. Yo no he dicho...
- RITA ¿Qué apostamos  
á que á echarme van las culpas  
de todo lo que ha pasado?
- ANT. Puede.
- SEV. Rita es inocente;  
yo la defiendo.
- ANT. Lo alcanzo,  
toda vez que en el complot  
juega un papel mercenario.
- SEV. Yo sé lo que hacer me toca.  
Vénte tú conmigo, Carlos.  
(Vanse Carlos y don Severo por la primera derecha.)  
Matilde.
- RITA Déjeme usted. (Vase primera derecha.)
- MAT. No recuerda usted que estábamos...
- RITA Vaya usted á rezar, señora.  
(Vase primera derecha.)
- ANT. Pues, hombre, ¡vaya un descaró!  
Si ahora el amo no me auxilia,  
mi buen nombre comprometen.  
No hay más remedio, me meten  
en un chisme de familia.  
¿Quién habrá armado un belén  
de semejante calibre?  
¡Jesús! El Señor nos libre  
de una mala lengua, amén.

---

# ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración.

## ESCENA PRIMERA

DON SEVERO y CARLOS, revolviendo papeles.

SEV. Cuando al hombre se le vuelve  
la fortuna del revés,  
no hay más que tener paciencia.

CAR. Pero ¿qué le pasa á usted?

SEV. Vete al Banco, y con mi firma,  
descuenta estos pagarés  
y hazte al momento con fondos.  
Necesito disponer  
de un millón en efectivo  
para mañana á las diez.

CAR. ¿Por qué con tanta premura  
busca usted fondos? ¿Por qué,  
cuando tenemos previstos  
todos los gastos del mes?

SEV. Este es un secreto, Carlos,  
que ahora no puedes saber.

CAR. Pero tío, no es posible  
que sin decirme el por qué  
vaya á cumplir unas órdenes  
tan absurdas á mi ver;  
al tipo á que está el descuento,  
su ruina es segura.

SEV. ¿Y qué?

¿Qué me importa á mí la ruina  
si mi honor se salva?

CAR.

¿Pues?...

SEV.

Dudan de mí, y probar debo  
que soy un hombre de bien.

CAR.

Pues ahora menos que nunca  
puedo yo prestarme á ser  
instrumento de una causa  
que á mí me afecta también.

SEV.

No te entiendo.

CAR.

Que esas dudas  
las hace partir usted  
de mi madre, y yo no puedo  
consentirlo.

SEV.

Y haces bien.

Procediendo cual buen hijo  
ese es, Carlos, tu deber;  
pero el autor del insulto  
ya no excita mi interés.

El hecho es que me deshonoran  
y me debo defender.

CAR.

¿Posible es que en indignancia  
quiera usted trocar su tren  
por una frase vertida  
por una infame tal vez?

SEV.

¿Cómo?

CAR.

Rita.

SEV.

¿Rita?

CAR.

Sí.

SEV.

¡Poco la conoces!

CAR.

¿Eh?

SEV.

Su lengua no reproduce  
si no lo que oye.

CAR.

(Irónicamente) ¡Muy bien!

SEV.

Charla mucho; mas no inventa.

CAR.

(Es ciego.)

SEV.

Vamos á ver;  
aunque ella fuese la causa,  
¿por ventura encuentras bien  
que la apoyen y hagan todos  
en esta farsa papel?

CAR.

Me hieren esas sospechas  
y debo en claro poner...

(Medio mutis.)



SEV. ¿A dónde vas?  
CAR. A llamarlas,  
y que digan de una vez...  
SEV. Basta. Vete á lo que he dicho.  
CAR. Está bien, tío, me iré. (Vase.)

## ESCENA II

DON SEVERO y en seguida MATILDE

SEV. Yo les haré ver á todos  
su perfidia y su doblez.  
MAT. ¡Gracias á Dios que te encuentro!  
SEV. ¿Qué quieres de mí?  
MAT. Saber  
por qué diste ese espectáculo  
no hace mucho.  
SEV. ¿Y el por qué  
no has podido sospechar?  
MAT. ¿Yo? No tal. (Con mucha candidez.)  
SEV. (Irónicamente.) ¡Qué candidez!  
(La más niña, en el mentir  
se revela al fin mujer.)  
MAT. (Con tono de la mayor inocencia )  
Me molesta esa ironía.  
SEV. ¡Bueno... la retiraré!  
(¡Ay, Severo!... ¡Estás vencido!)  
MAT. (Siempre en el mismo tono.)  
Habéis dado en suponer  
que soy precoz... y que tengo  
un talento claro... y que...  
que siento crecer la yerba...  
¡Qué he de sentir yo crecer!...  
¡Nada! Soy una infeliz  
que todo lo encuentra bien...  
y á la cual cualquiera engaña.  
SEV. (¡Y que me va á hacer perder  
los estribos! ¡Es tan mona!)  
(Alto, con gravedad cómica.)  
Estoy jugando el papel  
más ridículo del mundo.  
MAT. ¿Sí? ¿De veras? ¿Y por qué?  
SEV. Cuando loco ó visionario,

pero lleno de honradez,  
mi plan absurdo os propuse  
no fuísteis francos los tres  
para decirme: «El amor  
nunca se limita á hacer  
lo que dicta la cabeza;  
y tú habrás visto después  
que tomabas por cariño  
lo que era todo chochez.  
¡Si soy niña, tú eres viejo!  
Yo respetarte sabré,  
pero quererte, jamás;  
que entre el amor y el deber  
está el recuerdo que á Carlos  
guardo desde la niñez.»

Y no que con el silencio  
más criminal, más cruel,  
sin miramiento á mis canas,  
sin ver mi hombría de bien,  
mi fama llevais en lenguas  
y mi honor entre los piés.

MAT. (Aquí hay que formalizarse  
para acabar de una vez.)

Tío, el hablar de ese modo  
es pintar como querer;  
pero si piensas con juicio...

SEV. ¿Cómo?

MAT. Y si del interés  
particular te despojas  
y la razón quieres ver,  
recordarás que el amor  
de mi primo desprecié.

SEV. Por causas que no se ignoran.

MAT. Pues te equivocas también;  
que fué... por causas que callo...  
y no debes tú saber. (Muy marcado.)

SEV. ¿Qué?

MAT. Y en cuanto á la calumnia  
que me achacan con doblez,  
quizá la señora Rita  
pueda de ella responder.

SEV. ¿La señora Rita? ¿Cómo?

¿Tú la acriminas también?

MAT. Parece que no conoces

á las personas. Pues ¿qué?  
¿Nada te dice ese afán  
de inquirir y de saber,  
que más que del pan que come  
se nutre Rita con él?

SEV. ¡Tío, no ver ciertas cosas  
es como estar en Belén!  
¡Matilde! (¡Diablo de chica!  
¡Nada, que me va á envolver!)  
(Transición, procurando ser grave.)  
Lo cierto es que en casa todos  
están jugando al cordel  
con una gracia especial;  
y según las cosas veis,  
uno tira y otro afloja  
para que me enrede en él.

MAT. Pues abre los ojos, tío,  
y explicate de una vez,  
porque no te entiendo.

SEV. Rita

podrá sus faltas tener,  
como todos las tenemos;  
pero en vano pretendéis  
sacudiros vuestras culpas,  
porque si al cabo igual es  
para mí la consecuencia,  
voy á cumplir mi deber,  
y veremos de este modo  
si descanso de una vez.

MAT. ¿Pues qué intentas?

SEV. Realizar

mis fondos.

MAT. ¿Y para qué?

SEV. Para rendirte las cuentas  
de lo que forma tu haber,  
y depositar mañana  
la tutoría en un juez.

MAT. ¿Qué has dicho? Eso es imposible:  
yo no he comprendido bien.

¿Separarme de tu lado  
para entregarme á merced  
de un hombre que su cariño  
cifrará en el interés,  
y que en lugar de su boca

pondrá en mis manos la ley?  
Sé que es solo una amenaza  
y me hace un daño cruel.

SEV. Mañana mismo, Matilde,  
ceso en mi cargo.

MAT. Pues qué,  
¿será verdad?

SEV. Yo, en mi vida  
he mentado ni una vez.

MAT. (Llorando.)  
Madre mía de mi alma,  
¿por qué te perdí, por qué?  
Ya que de una pobre huérfana  
(Con gravedad.)  
que tanto le quiso á usted  
así desprecia el cariño,  
la lealtad y el interés  
que de su segundo padre  
le inspiraba la vejez;  
ya que vilmente arrojada  
del paterno hogar se ve  
para comprar con dinero  
lo que no venden con él;  
ya que este llanto no alcanza  
su alma dura á conmover;  
ya que hasta el santo recuerdo  
de mi madre huella usted,  
y ya, en fin, que así me insulta  
con su indigno proceder,  
dejaré esta casa al punto:  
me dará abrigo la ley,  
usted vivirá feliz,  
yo de pena moriré;  
pero todo lo perdono,  
porque valgo más que usted. (Vase.)

### ESCENA III

DON SEVERO, á poco RITA

SEV. Es verdad, tiene razón,  
me ha llegado á conmover.  
Esto no es cumplir las órdenes



que recibí de Manuel.  
Porque ellos se porten mal,  
¿no he de portarme yo bien?  
Me voy en busca de Carlos;  
es preciso suspender  
las ventas que, en un momento  
de arrebató le ordené.  
Tal vez le encuentre en el Banco.

RITA

Me alegro de verle á usted,  
porque tengo que contarle...

SEV.

No me puedo detener.

RITA

Son dos palabras.

SEV.

Ni media.

¡Contento me tiene usted!

Quede usted con Dios, señora. (Vase.)

#### ESCENA IV

RITA, y á poco DOÑA ANTONIA

RITA

Señor, vaya usted con él.  
¿Qué mosca le habrá picado?  
¡Jesús, María y José!  
¡Cuando digo que entre todos  
van á armarme algún belén!  
¡Si no se puede ser buena!  
Si en haciéndose de miel...

ANT.

¿Dónde tiene usted el te,  
señora Rita?

RITA

En su sitio:  
en el estante tercero  
le dejé yo del quartito...  
delante de la ventana  
que da al patio del vecino  
por donde hablaba Manuela  
con el asistente bizco,  
aquel que con una caña  
nos robaba los chorizos.

ANT.

Sí, ya sé.

RITA

¿Quién está malo?

ANT.

Nadie; sino que ha tenido  
Matilde una convulsión.

Nada dice, pero opino  
que ella debe tener algo.  
RITA Ya lo creo: y bien sencillo  
de adivinar es.

ANT. Pues yo  
soy más torpe, y no he podido...

RITA Yo se lo diría á usted,  
mas tengo miedo á un conflicto,  
que luego dicen que yo  
soy quien arma caramillos.

ANT. ¿Quién piensa en usted, señora?

RITA No hace mucho usted lo ha dicho.

ANT. Señora Rita, ¿va usted  
á meterme en otro lío?

Con ella es mi indignación,  
por lo hipócrita que ha sido.

RITA Pues está echando las cuentas  
al negocio de su tío.

Las canas le asustan mucho,  
mas como la gusta el trigo...

ANT. ¿Sí?

RITA Ustedes no la conocen.

Se casa con él, de fijo.

ANT. ¿De veras?

RITA ¡Vaya! A estas horas  
ya están los dos convenidos.

ANT. Mentira parece.

RITA Pero

no lo es. ¡Cuando yo lo afirmo!

ANT. Lo cierto es que no esperaba  
tal proceder de mi primo.

RITA Ni nadie, señora, nadie.

ANT. Pero yo tengo motivos...

RITA ¿Sí?

ANT. Francamente, creí  
que se hubiera conducido  
de otro modo.

RITA ¿Sobre qué?

ANT. Sobre su boda.

RITA ¡Ah! (Ya atino.)

Vamos, usted esperaba  
que, al unirse en santo vínculo,  
lo hiciese con...

ANT. Sí, con otra  
cualquiera.

- RITA Ya, ya; entendido.  
(Con ella.)
- ANT. Y puesto que á Carlos  
profesa tan gran cariño,  
lo natural á mi ver  
era casar á los chicos.
- RITA (Esta mujer tiene el plan  
de comer á dos carrillos.)  
Y es natural; yo también  
me figuraba lo mismo,  
porque alguna recompensa  
merecen usted y su hijo.
- ANT. Yo no diré que nosotros  
contemos con grandes títulos;  
pero hay hechos en la vida  
que los dicta el raciocinio,  
y recuerdos que debieran  
haber sobre él influído.
- RITA Ya lo sospechaba yo.  
Sin duda algún extravío  
que tuvo en la juventud.
- ANT. No es eso.
- RITA Pues no adivino...
- ANT. Esto es una confianza  
que con usted me permito;  
por lo tanto... (Indicando el secreto.)
- RITA Usted me ofende.  
Yo soy el silencio mismo.  
¡Soy una tumba, señora!
- ANT. Severo y yo nos quisimos  
cuando jóvenes.
- RITA (¡Qué tall  
¡Tengo el olfato más fino!)  
¿Y eran ustedes pequeños?
- ANT. No, señora.
- RITA (¡Talluditos!  
Ya alcanzo las atenciones  
que tiene con ella el primo.)
- ANT. La razón no es persuasiva;  
pero allá en el fondo abrigo  
la convicción de que un hombre  
que poseyó mi cariño,  
debiera con cierto afán  
labrar la dicha de un hijo.

RITA ¿Pues por qué no le habla usted?  
Dándole acaso en lo vivo...

ANT. No, señora Rita, nunca;  
fuera en mí muy poco digno.  
El es quien en este caso  
debiera haber procedido  
con arreglo á su conciencia,  
salvando, al par que el ridículo,  
consecuencias que una boda  
desigual lleva consigo.

RITA («¡Con arreglo á su conciencia!»  
Yo creo que esto no es gringo.)  
Pues yo de usted, doña Antonia,  
le hablaría muy clarito.  
El que la haga que la pague.

ANT. No, Rita; ya he recibido  
bastantes favores suyos  
y temo abusar.

RITA ¡Qué pícaro!  
La verdad es que está todo,  
señora, muy pervertido.  
Yo recuerdo que en mis tiempos...  
y no soy ningún vestiglo,  
si alguna joven tenía  
por desgracia un extravío,  
era á la buena de Dios  
y sin malicia el delito;  
pero, señora, ¡qué escándalo!  
ve usted por la calle niños  
que apenas saben hablar  
y ya fuman, y hacen cosas  
peores... los angelitos.

ANT. Yo, con la conversación,  
de mi sobrina me olvido.  
Voy á darle el té. Hasta luego.

RITA Vaya usted con Dios,

ANT. ¡Sigilol (vase.)

## ESCENA V

RITA y á poco DON SEVERO

RITA ¡Por supuesto que esto ya  
me lo tenía yo olido!



¡Ay! ¡Que aun no he rezado el credo  
que me falta! ¡Qué delito!

(Pausa durante la cual se ensimisma y mueve los labios para rezar.)

«Y la vida perdurable,  
amén Jesús.» Ya he cumplido.

SEV.

(Aparte, entrando.)

Gracias á lo que corrí  
llegué á tiempo de impedirlo.

(¡Rita! De su indiscreción  
voy á servirme á mansalva:  
ya que la ocasión es calva  
no perdamos la ocasión.)

RITA

¿Qué hace usted tan sola aquí?

Nada, señor; calculando  
que el tiempo ya va pasando  
muy deprisa para mí.

La vida es ilusión vana.

Parece ayer año nuevo  
y, ni á pensarlo me atrevo,  
ya es Nochebuena mañana.

SEV.

Mañana, sí, no hay falencia.

¿Tendremos extraordinario?

RITA

No, que reza el calendario  
ayuno con abstinencia.

Después de las doce, sí  
pueden comerse capones,  
y mazapán y turrónes...

SEV.

Me gusta ayunar así.

Por más señas, que los saldos  
de unas cuentas olvidé.

Cancelemos la de usted.

Tome usted los aguinaldos.

RITA

(Alargando la mano.)

¿Se va usted á molestar?...

¡Cinco duros para mí!

(Lo que es rumboso, eso, sí,  
no se le puede negar.)

Pero yo no sé si debo...

¿Para qué tanta merced?

SEV.

Para que se compre usted  
un devocionario nuevo.

RITA

Yo procuraré, señor,  
corresponder como deba...

- SEV. Pues para darme una prueba  
va usted á hacerme un favor.
- RITA No tiene usted que pedirme  
favores, sino mandar.
- SEV. Me va usted á contestar  
con franqueza y sin mentirme.  
Rita, ¿es usted quien ha dicho  
que yo al casarme especulo?
- RITA («Ya le ví la oreja al mulo»,  
que suele decir el dicho.)  
¡Jesús mil veces! ¡Pensar  
de mí acción tan vergonzosa!  
¡De mí, que no hago otra cosa  
que estar al pie del altar!  
¡Profanar, ni por asomo,  
con esa calumnia el nombre  
del amo mío! ¡Del hombre  
á quien debo el pan que como!  
¡No sufriera yo tal mengua  
por esa infame impostura  
si á todo aquel que murmura  
se le cortase la lengua!
- SEV. Pues más llanto no derrame,  
que al ver hecho tan procaz  
no la supuse capaz  
de una cosa tan infame.  
Pero usted debe saber  
quién es de todo el autor.
- RITA ¿Pues no lo he dicho, señor?  
La que va á ser su mujer.
- SEV. Pero, Rita, con razón  
me hace pensar su inocencia  
que de tamaña imprudencia  
no es suya la inspiración.
- RITA O habla usted con acrimonia  
ó no sé qué significa...  
No me refiero á la chica,  
lo digo por doña Antonia.
- SEV. Vamos por puntos, á ver,  
que casi estoy confundido...  
¿No dice usted que lo ha urdido  
la que va á ser mi mujer?
- RITA Justamente.
- SEV. Pues, señora,

cada vez me ofusco más.

¡Vaya! Volvamos atrás.

RITA Es verdad que usted ignora.

SEV. Hágame usted la merced  
de decirlo claro y pronto.

RITA Que su prima, haciendo el tonto,  
le quiere atrapar á usted.

SEV. ¡Cómo!

RITA Casarse, no hay duda.

SEV. Las digresiones suprima:

¿quién ha dicho que mi prima?...

RITA Mire usted si es poco aguda:  
mientras creyó que Matilde  
desaprobaba el proyecto,  
vió la boda sin efecto  
y estuvo sumisa, humilde;  
pero así que á la muchacha  
casi decidida vió,  
su lengua se desató  
y empezó á esgrimir el hacha  
para hacer que la inocente  
desistiese de su empeño,  
y lograr ella su sueño  
que es, sin disputa, el siguiente:  
tender con maña la red;  
pues como dejo advertido,  
tiene empeño decidido  
de casarse con usted,  
para, envuelto en un «te quiero»,  
tapándole á usted los ojos,  
llevado al altar de hinojos,  
atraparle su dinero;  
y á los chicos, ya ella rica,  
ver el modo de casarlos,  
á fin de que su hijo Carlos  
le pille el dote á la chica.  
Por lo que si el hecho pasa,  
cual lo estudiaron arteros,  
le dejan á usted en cueros  
y todo se queda en casa.

SEV. Usted sí tiende la red  
con sus palabras capciosas.

RITA ¿Cómo, señor?

SEV. Que esas cosas  
son pura invención de usted.

- RITA                   ¿Qué dice usted?
- SEV.                                   Y es muy feo...
- RITA                   Yo no invento á mi capricho,  
que ella misma me lo ha dicho.
- SEV.                   Pues vamos, yo no lo creo.
- RITA                   Sería mucha imprudencia  
por mi parte, y... ¡vaya! No.  
¿Me había de inventar yo  
lo del caso de conciencia,  
y si usted en sus mocedades  
tuvo con ella ó no tuvo?
- SEV.                   ¿Eso dijo?
- RITA                                   Y lo sostuvo.
- SEV.                   (Aunque sean nimiedades  
ya no me sorprende nada  
de sus sentimientos viles,  
cuando cosas tan pueriles  
se las cuenta á una criada.)  
Pero, ¿qué tiene que ver,  
para armarme tal querrela,  
que yo tuviese con ella  
ni dejase de tener?
- RITA                   Es lo que yo la decía.  
Si los hombres se casaran  
con todas las que miraran,  
borrar del mapa á Turquía.
- SEV.                   Ya sospecho de mí mismo.  
¿Qué es la familia en el mundo?  
Nada, un lodazal inmundo  
donde reina el egoismo.  
Dudar de mi probidad  
es un grosero delito.  
Vamos, me ofusco, me irrito.
- RITA                   Con razón. ¡Qué atrocidad!
- SEV.                   Presentimientos tan hondos  
ni un extraño los tendría.  
¡Yo abusar!
- RITA                   (Con intención.) Ya les diría  
quién malversa aquí los fondos.
- SEV.                   ¡Cómol! Hable usted, se lo ruego.
- RITA                   Que usted lleva aquí la carga,  
mientras alguno se encarga  
de malgastarlo en el juego.
- SEV.                   ¿Vuelta á lo de Carlos?



RITA Sí.

SEV. Señora, eso no es verdad.

RITA Pero es mucha terquedad  
negarme lo que yo vi.

SEV. ¿Qué vió usted?

RITA Que don Juan vino,

que el dinero me entregó,

que al otro se lo di yo,

según don Juan me previno.

Mas Carlos, á quien sin duda

ya los naipes le acosaban,

se guardó lo que le daban

y vino á pedirme ayuda,

diciéndome. «Don Severo

no está, y en usted confío;

no le diga usted al tío

que han traído este dinero.»

Se fué, pero de allí á poco

entró aquí con paso incierto,

blanco lo mismo que un muerto,

y gritando como un loco:

«Estoy perdido, perdido;

se me nubla la razón;

soy un pícaro, un ladrón;

he jugado y he perdido.

Voy á matarme al momento.»

Pues, sabe Dios las que irán,

que, como dice el refrán:

«Quien hace un cesto, hace ciento».

¿Y Matilde sabe?...

SEV. RITA Sabe

que ha perdido ese dinero.

Le digo á usted, don Severo,

que la situación es grave.

SEV. ¡Cuando mi fallo revoco,

de nuevo injurian mi nombre!

Con esto le basta á un hombre

para que se vuelva loco.

RITA ¡Y con menos!...

SEV. ¡Palpitantes

son las pruebas!

RITA Sin embargo...

SEV. ¡Y yo que dejé á su cargo

papeles interesantes!

RITA Su armario está siempre abierto.  
SEV. Sospechas con él, me ofenden;  
¡pero si todos me venden!...  
RITA Menos yo, señor.  
SEV. Es cierto.  
No merezco tales tratos.  
RITA Vaya usted á registrar...  
SEV. Yo me sabré despojar  
de esta caterva de ingratos. (Vase.)

## ESCENA VI

RITA y DOÑA ANTONIA

RITA Cada vez me alegro más  
de tener este carácter.  
Que se arreglen: no me gusta  
meterme jamás con nadie.  
ANT. Señora Rita...  
RITA Y Matilde,  
¿cómo sigue?  
ANT. Mal.  
RITA ¡Qué diantre!  
ANT. ¿Aun no ha venido Severo?  
RITA ¡Vaya! ¡Cuánto tiempo hace!  
Le hablé de aquéllo.  
ANT. ¿De qué?  
RITA (Disimula.) Del ultraje  
que hace á ustedes con la boda  
de que há poco nos dió parte.  
ANT. Pues, señora, muchas gracias.  
¿Quién le manda á usted mezclarse  
ni abogar en los asuntos  
donde no la llama nadie?  
¿Tiene usted más que rezar  
y no venir á crearme  
compromisos de esta especie?  
RITA Cierto, yo soy la culpable,  
que por hacer un favor  
ahora á la cara me sale.  
¡Si me hubiera estado quieta!  
Pero yo tengo el carácter

de interesarme por todos,  
y no lo agradece nadie.

ANT. Por lo visto, es cosa inútil  
que el secreto se la encargue.

RITA Y vamos á ver. ¿Qué dijo?  
Se puso de mal talante  
llamando á ustedes ingratos,  
y añadiendo por remate  
que era usted una ambiciosa  
que nunca tiene bastante,  
y que no era culpa suya  
si había usted sido frágil.

ANT. ¡Cómol ¿Qué está usted diciendo?

RITA Me ha contado cosas grandes  
que me callo por prudencia  
y porque usted ya las sabe.

ANT. Pero eso es una impostura.

RITA Mire usted que eso es llamarme  
embustera, y yo no miento  
si la salvación me vale.

ANT. ¡Severo se ha permitido  
decir cosas semejantes!  
¡Imposible!

RITA ¿Pero yo  
como había de inventarme?...  
En fin, señora, ha llegado  
á decirme que harto hace  
con dar á ustedes asilo,  
y que al fin, temprano ó tarde,  
la echará de aquí si insiste  
en que con usted se case.

ANT. A no haber perdido el juicio  
yo no sé como explicarme  
su conducta.

RITA Pues yo sí.

ANT. ¿Quién piensa aquí en tal enlace?

RITA Lo habrá inventado la niña,  
que con su carita de ángel  
ya la boda ha decidido  
según la dije á usted antes;  
y como ustedes la estorban  
sin duda para sus planes,  
habrá urdido esa invención  
para armar un zipizape

que dé lugar á que ustedes  
al fin de la casa salten.

ANT. Por fuerza, porque esas cosas  
son mentira hasta la base.

RITA (Es natural, la vergüenza  
la impide que lo declare...)

ANT. Me ha dejado usted confusa.

¿De tal manera tratarme?

Me voy á ver á Severo;

quiero saber al instante...

Vienen.

RITA El será.

ANT. No, es Carlos.

¡Ay, hijo! (Echándose en sus brazos.)

## ESCENA VII

DICHAS y CARLOS

CAR. ¿Qué tienes, madre?

RITA ¿Qué ha de ser? Que don Severo  
es todo un abencerraje,  
que decir se ha permitido  
ciertas palabras muy graves.

CAR. ¿Sí?

ANT. No la creas.

RITA Sí tal.

Yo le obligaré á explicarme.

ANT. Debe ser alguna mala  
inteligencia.

CAR. No, madre;

que harto inconveniente estuvo  
de tí hablando hace un instante.

RITA Ya ve usted que en un pariente,  
aunque fuera cierto el lance,  
no está bien ir pregonando  
con ese impúdico alarde...

CAR. El viene.

ANT. Prudencia, Carlos.

CAR. A solas con él dejadme.

ANT. No, me quedo.



RITA  
CAR.  
RITA

Vamos.  
Vete.

Deje usted que el hecho aclare.  
(Vanse Rita y doña Antonia.)

## ESCENA VIII

CARLOS y DON SEVERO

- SEV. No falta ni un documento de los que le dí á guardar; y, sin embargo, las pruebas acriminándole están.  
(Explorémosle con tino.)
- CAR. Me va usted á dispensar que, no obstante de haber sido mi báculo en la orfandad, y el apoyo de mi madre, —señora honrada y leal,— que en usted creyó la pobre su providencia encontrar, llegue hasta usted, revestido de un carácter especial.
- SEV. Grave parece el asunto.
- CAR. Lo es en efecto.
- SEV. Habla ya.
- CAR. Yo... (Se me traba la lengua y no sé como abordar...)  
Yo...
- SEV. Permíteme un momento.  
Dí, ¿no ha venido don Juan?
- CAR. ¿Don... Juan?
- SEV. Sí. (Principia á obscurecer.)
- CAR. (Cayó en el lazo.)  
Rita ha debido charlar; voy á fingir que me turbo y redondeo mi plan.)  
No... ha venido.
- SEV. (Se ha turbado.)  
¿Y le has ido á visitar?
- CAR. Sí... señor.. pero no estaba.
- SEV. (Irónicamente.)  
Hombre... qué casualidad.  
Y... ¿no ha enviado el dinero?

CAR.

No.

SEV.

Bien. (Pausa.) Puedes empezar.

CAR.

(Hay que seguir la comedia )

SEV.

(Por desgracia era verdad.)

CAR.

Dejando para más tarde  
lo de mi madre...

SEV.

¡Ya, ya!...

CAR.

Yo debo decir á usted  
con toda sinceridad...

SEV.

Bien, no sigas... lo sé todo.  
Supongo que sin pensar  
has dispuesto de una parte  
de los fondos de don Juan  
para salvar á tu amigo.

CAR.

Sí, don Severo, es verdad.

SEV.

Pues bien, aunque está mal hecho,  
como es tuyo lo que das,  
no hay razón de acriminarte;  
pero aquella cantidad  
ascendía á dos mil reales...  
Devuélveme lo demás.

CAR.

Tío, tío...

SEV.

Estás convulso...

CAR.

(Fingiendo desesperación.)

¡Tío, soy un criminal!

Mi culpa...

SEV.

No te vindiques:  
es más prudente callar  
que imprimir con la mentira  
nuevo sello á tu maldad.

CAR.

(Formalizandose y con sinceridad.)  
Me está usted haciendo daño;  
porque veo, con pesar,  
que al querer poner á prueba  
ese cariño ideal  
de la familia...

SEV.

No entiendo...

CAR.

Después lo comprenderá.

## ESCENA IX

DICHOS, MATILDE, DOÑA ANTONIA y RITA. Esta enciende la luz eléctrica tocando un botón

- ANT. Aquí está más abrigado.  
RITA Vamos, déjate llevar.  
MAT. (¿Qué habrá habido?)  
RITA Don Severo,  
ríñala usted, por piedad.  
Está en su cuarto encerrada  
llorando, y si allí la da  
la convulsión y la pilla  
sola, se nos va á estrellar.
- SEV. ¿Y de esa aflicción la causa  
no se ha traslucido?
- RITA ¡Quiá!
- MAT. ¡Pero si no tengo nada!  
¡Déjenme ustedes en paz!
- RITA ¿Eh? ¡Qué geniecito gasta!  
¡Es un potro por domar!
- SEV. Será acaso, á lo que infiero,  
consecuencia natural  
del desengaño terrible  
que amenazándola está,  
al ver que el hombre en quien puso  
su confianza y su caudal  
abusando de ambas cosas  
ambas malversa á la par.
- TODOS ¡Cómo!
- SEV. (A Matilde.) No esperé de tí  
tal pago en la ancianidad.  
(Bien dicho.)
- RITA Si esa calumnia  
MAT. no fuera más criminal  
que la que tú me supones  
excusara el contestar,  
pero así...
- SEV. Ya sé también  
que aunque crédito la das  
no es tuya la iniciativa;  
que *alguien* dirigió este plan.

Por cierto que si esa mano  
no fuese tan desleal,  
debiera en lugar de herirme  
venir la mía á besar.

ANT. ¡Severo!

SEV. Severo soy  
porque digo la verdad.

ANT. (Conmoviéndose.)  
Carlos, Carlos, habla tú  
que yo no puedo ni hablar.

CAR. ¡Madre!

SEV. También su mordaza  
puso á Carlos la maldad.

ANT. ¿Qué supones?

SEV. Lo que existe.

ANT. ¿Qué es ello?

SEV. Que á su pesar  
ha cometido un abuso...

CAR. ¡Tío!

SEV. ¡Y una indignidad;  
un delito!

CAR. (¡Sigue, sigue!)

MAT. Tiene razón.

ANT. ¡Basta ya!  
Dudar de mí, lo tolero;  
pero de Carlos, jamás.  
Es una infame impostura  
que no puedo perdonar.

CAR. Tú sola haces, madre mía,  
justicia á mi probidad.  
Ha sido dura la prueba  
y de ella vengo á sacar  
el más triste desengaño.

SEV. ¿Qué dices?

RITA (¿A dónde va  
con ese discurso ameno?)

CAR. Si hubiera sido verdad  
que en un raptó de locura,  
bien fácil de disculpar  
en la juventud, hubiese  
perdido esa cantidad  
en el juego, ¿mi familia  
me había de condenar,  
¡sin escucharme siquiera!



del mundo entero á la faz?  
Tranquilícese usted, tío:  
aquí su dinero está.

(Pone el dinero sobre la mesa.)

¡Devuélvame usted mi honra  
tan limpia como el cristal!

SEV.

(Muy emocionado.)

¿Conque has fingido una falta  
tremenda, para probar  
mi cariño? ¡El argumento  
es lo más original!

Pues ¿qué? ¿había de decirte  
que hacías bien en jugar  
dinero que no era tuyo  
y alentarte en la maldad?

Celebro que seas honrado;  
pero no te puedo dar

el primer premio de lógica ..

ni de sentido moral. (Se abrazan.)

RITA

(Cuando miro estas escenas  
yo no sé lo que me da...

que hacer no puedo otra cosa  
más que afligirme y llorar )

ANT.

Hoy mismo te dejaremos

abandonado á la paz

que ambicionada por alguien ..

(Mirando á Matilde.)

nos arroja de tu hogar.

RITA

Señores, una palabra.

Yo sé que ustedes dirán

que me meto en lo que á mí

nada me importa.

MAT.

(Cabal.)

RITA

Mas les ruego que mediten  
el paso que van á dar.

(A don Severo )

Usted se queda sin nadie,

su sobrina enfermará

y doña Antonia y don Carlos,

¿dónde han de ganar el pan?

Mañana fueran, sin duda,

los primeros en llorar

su arretrato: hablen ustedes,

que hablando se entenderán.

ANT. Su interés, Rita, agradezco;  
pero usted comprenderá  
que yo, después de las voces  
que Severo, sin piedad  
ha propalado de mí,  
debo esta casa dejar.

SEV. ¿A qué voces te refieres?  
CAR. A una calumnia infernal  
conque acusa usted á mi madre  
de torpeza y liviandad.

SEV. ¿Yo? ¿Quién ha dicho tal cosa?

ANT. Rita.

SEV. ¿Usted?

RITA ¡Pues bueno está!

¡Si me lo contó ella misma!

ANT. ¿Qué dice usted?

RITA Y además,

ratificó don Severo  
diciendo que era verdad  
que tuvo amores con ella.

SEV. Todo lo comprendo ya.  
Pero, víbora inhumana,  
diga usted, mujer procaz,  
¿no hay más modo de tener  
que de ese modo brutal?  
Confieso que cuando supe  
que te querías casar  
conmigo...

ANT. ¿Yo? ¿Quién ha dicho  
semejante atrocidad?

SEV. ¡Tomal La señora Rita...

ANT. ¿Usted?

RITA ¡Aun me pegarán!  
¿No dijo usted, doña Antonia,  
que supuso que al tratar  
de casarse don Severo  
no pensaba usted jamás  
que fuese con su sobrina,  
sino con otra?

ANT. Cabal.

RITA ¿Y qué? ¿No era usted la otra?

ANT. Repugna tanta maldad.

RITA ¡Pues, señor, me he equivocado!

SEV. ¡Rita, Rita, no está mal!



RITA  
SEV.

Es que usted...

Basta ya.

Mujer que el tiempo malgasta  
de hinojos ante un altar,  
que reza sus oraciones  
por rutina nada más,  
que de cristiana blasona  
y con la lengua infernal  
con que al Señor le da gracias  
deshonra á la humanidad,  
no la quiero junto á mí,  
que al ir la mano á besar  
la hiere, pues siempre oculto  
lleva en la boca un puñal.

RITA  
SEV.

Señor, ¿qué está usted diciendo?  
Que nos deje usted en paz;  
que salga, en fin, de esta casa  
para no volver jamás.

RITA

¡Jesús, Jesús! ¡Y qué pago  
tan injusto el que me dan!  
¡A mí, que tanto los quiero;  
que soy mujer de fiar;  
que evitarles los disgustos  
ha sido todo mi afán!...  
¡Tan viejecita que soy!...  
¿De qué me he de alimentar?  
¡Si para servir no sirvo,  
pues coser no puedo ya;  
si plancho, no lo hago bien,  
y si guiso, lo hago mal,  
¡ay! potaje de lentejas  
el Hospicio me dará!...

(Se deja caer en una silla, llorando.)

MAT.  
SEV.

¡Pobre Rita!

¡No la nombres,  
porque me irrita el pensar!...  
¡Dar margen á separarnos...  
y hasta en el trance fatal  
colocarme de la ruina!...

MAT.

Eso no es posible ya.  
Me avergüenzo de mis dudas.  
Dispón de mi capital,  
y si quieres... de mi mano.

SEV.

(Tomándola la mano cariñosamente.)  
¿De tu mano? ¡Quita allá!



Pues sabiendo lo que sé,  
fuera gracioso... Llegad  
hasta mí, dadme un abrazo,  
sed muy felices... y en paz. (Uniéndolos.)  
¡Tío!

CAR.

MAT.

RITA

¡Siempre noble y bueno!

(Levantándose muy contenta.)

¡Bien hice yo en sospechar  
que esto acabaría así!

SEV.

Señora, por caridad,  
márchese usted al momento  
donde yo no la oiga más.

RITA

(A Carlos.)

¡Interceda usted por mí!

CAR.

¿Porque supo usted guardar  
aquel secreto del juego?

RITA

¡Todos en mí contra están! (A don Severo.)

Señor, yo me enmendaré.

SEV.

No es posible.

RITA

Usted verá...

SEV.

¡Que no!

RITA

Pero...

SEV.

(Cogiendo una silla.)

¿Usted se marcha?

RITA

(¡Qué fiera! ¡Dios de bondad!

¡Les voy á decir á todos  
que me ha querido matar  
de un silletazo el muy pícaro!)

SEV.

¿Se va usted ó no se va?

RITA

Al momento, sí, señor;  
que aunque sea en un portal,  
al menos lejos de ustedes,  
viviré quieta y en paz. (Vase.)

SEV.

Ya se disipó el nublado.  
Comience el sol á brillar.

RITA

(Entrando.)

Si mando aquí por informes,  
ya tendrá usted la bondad  
de dar los que yo merezca,  
no vayan á sospechar  
que me voy por algo feo;  
que toda la vecindad  
sabrà el por qué de aquí á un rato.  
Siempre he sido de fiar; (Llorando.)

ni robo, ni canto nunca,  
ni voy con chismes jamás.

SEV.

¡Rital!

RITA

Agur.

SEV.

(Cerrando la puerta.)

Anda con Dios,  
y descarga por allá,  
que con lenguas viperinas  
ni hay familia, ni hay hogar.  
Pero, aun siendo como es,  
no habrá de faltarle el pan  
mientras yo viva..

MAT.

¡Qué bueno

eres!

CAR.

La suma bondad.

SEV.

Pero lejos de esta casa,  
si hemos de vivir en paz.

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, el CRIADO. Después RITA

CRIADO

Señor, la comida espera.

SEV.

Ahora no me dejarán  
solo, como esta mañana.

MAT.

No; ¿quién piensa en ello ya?

RITA

(Entrando y dirigiéndose al público.)

Aquí vuelvo despechada,  
víctima de la malicia,  
para reclamar justicia  
y pedir una palmada.  
Lo que pido es casi nada;  
el negarlo empeño vano,  
y si hay un solo cristiano  
opuesto á lo que propongo,  
no hay remedio, lo indispongo  
con todo el género humano.

TELON



